

Es de tarde, el manto gris propio del invierno estacionario cubre todo el cielo y un aire gélido se respira en los pasillos de la universidad. Este es el mismo que hace las veces de una señal que el final del ciclo académico se asoma en el horizonte temporal. Los estudiantes destinan interminables horas de estudio para prepararse de cara a las evaluaciones o para la elaboración de algún trabajo final, los profesores hacen lo propio con las últimas reuniones que sostienen antes del término de un periodo más en su extensa carrera como docentes, el personal administrativo recibe llamadas ocasionales y gestiona que todo esté en regla para esta época tan atareada, y la lista podría seguir de forma indeterminada. El ambiente es tenso, pero se percibe como normal, como si todos estuvieran ya acostumbrados a ello.

Dentro de la cotidianeidad (o incluso podría llamársele monotonía) del panorama, que parece repetirse semestre a semestre, en un ambiente donde las semanas parecen durar días en un bucle fugaz de evaluaciones y trabajos, se esconde la individualidad de cada persona. Esta pasa toda aquella persona que permite el correcto funcionamiento de este pequeño ecosistema universitario que, sin caer en cuenta de ello, logran que funcione como si de un reloj suizo se tratase, sin parar y de manera casi perfecta, salvo alguna eventualidad extraordinaria.

Es así, que con el pasar del tiempo, cada engranaje de este sistema parece estar sumido en su papel, optimizando el funcionamiento de la universidad. Sin embargo, ¿qué pasaría si uno fuera capaz de ver más allá? Quizás, por el transcurrir de los días, cada pieza de este mecanismo pierde su humanidad y pierde, por instantes, la noción de que siguen siendo humanas, con una profundidad mucho compleja de lo que se puede llegar a imaginar.

De este modo, dentro del ambiente universitario, hasta el espacio más “trivial” podría esconder situaciones e historias que uno puede pasar por alto en el día a día. En el comedor, que recibe a un sinfín de personas durante su funcionamiento diario, una muchacha con notoria preocupación resaltaba entre el resto de personas. A juzgar por la naturaleza de los apuntes que llevaba bajo el brazo, parecía estar cursando algún curso de economía, donde el nivel de conocimientos matemáticos requeridos era bastante elevado. Dentro de la conversación acelerada que sostenía a través de su teléfono, se lograba escuchar, a pesar de la rapidez de sus palabras, la situación compleja que estaba atravesando: Necesitaba aprobar con notas elevadas sus próximos exámenes, de caso contrario su situación académica se vería comprometida. Comentaba también que no podía hacerlo, quizás refiriéndose a realizar algún intento de copia o utilizar alguna “ayuda” adicional en sus pruebas. Su semblante antes retraído

parecía consumirse por el nerviosismo. Finalmente colgó y suspirando movió la cabeza negando con la misma. Quizás ella no era así. Poco antes de volver al sitio donde se encontraba, pues debido a la llamada se levantó de este, pareció verme como si supiera que la había escuchado. Probablemente era solo una impresión.

El tiempo seguía pasando en la universidad y días después, mientras la noche se abría paso en el cielo limeño, el cansancio consumía a las personas y ese era mi propio caso. De camino a mi domicilio, durante los minutos atrapados en el tráfico limeño, un vendedor ambulante de edad avanzada subió al transporte público en el que estaba viajando. Asientos adelante, noté que una chica se ofreció a darle dinero sin pedir nada a cambio, ante la negativa de este, entendió y respetando a este, aceptó los caramelos que ofrecía, con una sonrisa risueña. Esta era la misma que días atrás.

Tiempo después me pareció verla durante una actividad correspondiente a un voluntariado ofrecido por la universidad. Se estaba colaborando con un albergue para ayudar durante algunas horas a los niños que residían en el lugar. ¿Era ella?, se le parecía mucho pero su actitud proactiva y animosa me hacían dudar de la imagen de aquella chica que había visto tiempo atrás. La actividad transcurrió con normalidad y al término del día me sentí satisfecho por mi trabajo, pero con la intriga aun latente, pues no había tenido la oportunidad de encontrarla. ¿Será que solo haya sido una impresión mía? En cuanto apenas pude pensarlo, un semblante conocido entró por mis ojos. Sin apenas inmutarse, con una voz baja pero clara mencionó unas palabras al paso: “Sí lo pasé”. Solo atiné a quedarme en el lugar buscando si aquellas palabras estaban dirigidas hacia mi persona, y con algo de confusión, giré a verla. Una sonrisa se extendía de par a par en su rostro mientras se alejaba, la misma que vi días atrás, confirmando que definitivamente era aquella persona de quien yo pensaba, no había duda alguna. Quizás me reconoció desde un principio y solo dejó que el tiempo pasara. Aun con confusión, solo recordé cuando fue la primera vez que la vi...

Y es así que, desde la perspectiva de un bloque más de esta construcción, cuyo paso por la comunidad de la que forma parte está próximo a culminar. Puedo ver que en el pasar de los días, desde los comedores hasta los salones, muchas personas con historias propias y acciones que para mi grata impresión, forjan la historia y el legado de algo que va más allá de un simple mecanismo. Es una comunidad con una profundidad humana que puede ser el elemento diferenciador para un futuro mejor.